

**XX CERTAMEN LITERARIO INTERCEPA DE LA
COMUNIDAD DE MADRID**

CURSO 2025-26

2º PREMIO (180 €)

**CEPA San Martín de
Valdeiglesias**

Título: *Ingenieros del caos*

Alumno/a: Jéssica Tielve Díez

Curso: Nivel 2 ESO

Ingenieros del caos

Dicen que la paciencia es una virtud, pero tras veinte años criando a estos cuatro, yo creo que la mía es directamente un milagro. Todavía me acuerdo de cuando nacieron los gemelos, ¡como para olvidarlo! Samuel y Daniel nacieron con cinco minutos de diferencia y apuntando maneras desde el minuto cero. Yo era una madre joven, “echa pa’lante”. ¡Qué ilusa!

A los tres años, mis hijos no jugaban: operaban. Mientras otros jugaban con el Tragabolas, ellos lo desmontaban. Un día los encontré en la cocina tras vaciar una garrafa de aceite: “¡Mira mamá, patinamos!”, dijeron a la par. Agarré la fregona, dudando si recogerlo o darles con ella. Poco después, una obra de arte abstracta hecha con colorante alimentario apareció en mi edredón, y así, una tras otra.

En aquel caos nació Iker, un chico más tranquilo y muy inteligente. Poseía un instinto innato para analizar a sus hermanos justo antes de que la liaran; Iker era mi cable a tierra. Leía la mirada cómplice de los Repetidos y se apartaba antes de que todo saltara por los aires. Todos iban creciendo en aquel entorno que, más que una casa, parecía un taller clandestino, donde las herramientas rodaban por el pasillo y el olor a grasa le ganaba la batalla al suavizante.

Por si no tuviera suficiente con tres figuras y un taller funcionando 24 horas, añadimos dos piezas más al engranaje: Níscalo y Bruce. El primero, una liebre rescatada un día de recogida de setas, resultó ser un cerebro criminal de orejas puntiagudas que parecía asesorar malamente a los gemelos en cada invento. Casi a la par nació Bruce, el cuarto jinete de mi apocalipsis particular, quien aprendió pronto que en este desguace doméstico o ruges o te comen. Bruce desarrolló puntería de francotirador para defender su territorio; como aquella vez que, harto de que le tocaran la moral, esperó el momento justo y lanzó un coche de metal que impactó en los morros de Samuel mientras este soldaba un circuito. El grito se oyó en todo El Hoyo de Pinares, y Níscalo, desde su rincón, aprobó el movimiento.

Los gemelos pasaron el instituto entre sobresaltos, con algún que otro parte, pero aprobando hasta llegar a Electricidad. ¡Pobres profesores! Sus cabecitas idearon que un muñeco hecho de cable podía bailar si se conectaba a la corriente. Tras consultar a Níscalo, lo probaron en clase. Como no podía ser de otra manera, el muñeco no bailó, pero provocaron un cortocircuito que dejó al centro sin luz. Iker no necesitó preguntar; sabía que aquello era obra de los Repetidos.

También estudiaron Mecánica, lo que les dio unos conocimientos explosivos para sus invenciones de ingenieros caóticos. Ahora sus trastadas tienen fundamento teórico, herramientas de precisión y un presupuesto que ya no depende de mis huchas. El salón ha evolucionado de las piezas de Lego a los carburadores y motores desmontados que esperan una segunda vida.

Iker, fiel a su papel, estudió TCAE. Tras años prediciendo chispazos, dedujo que lo más práctico era ser auxiliar de enfermería. Es el equilibrio perfecto: mientras los gemelos buscan el límite de las máquinas, él se forma para recoger los trozos cuando el experimento sale regular. Me hace gracia verlo repasar apuntes entre motores, con cara de quien ya sabe de qué color se pondrá el brazo de sus hermanos antes del golpe. Ha pasado de avisarme a limpiarles la grasa de la herida con la calma del que lo ha visto todo sin tener que salir de su propia casa.

Por su parte, Bruce ya no necesita lanzar cochecitos para que lo respeten; se ha ganado su sitio en la jerarquía de este taller doméstico a base de mala leche y observación. Con sus ocho años, es una mezcla que me pone los pelos de punta: ha heredado la imaginación desbordante de los gemelos y la inteligencia analítica de Iker. Es como si estuviera procesando lo mejor de cada casa para convertirse en algo explosivo en un futuro no muy lejano. Mientras los observa, Bruce no solo mira, planea; y sé que es cuestión de tiempo que decida aplicar la teoría de sus hermanos con una precisión que nos va a dejar a todos temblando: si los gemelos fueron el ensayo, Bruce tiene toda la pinta de ser la traca final de esta ingeniería familiar.

Níscalo, que ya es veterano de mil batallas y tiene el lomo curtido de tanto esquivar chispazos, ahí sigue, moviendo el hocico con aires de suficiencia, como si fuera el jefe del taller que vigila que sus pupilos no quemen la casa antes de la cena.

Miro a los Repetidos hoy, con sus veinte añazos, y me doy cuenta de que veinte años no es nada cuando la esencia sigue intacta. Mi casa nunca será una revista de decoración, pero está llena de vida, de grasa en las manos y de cables que conectan a cuatro hermanos que son mi mayor invento. Todavía tienen tiempo para seguir montando y desmontando el mundo y, al final, entre motores y chispazos, he aprendido que el verdadero milagro no fue mi paciencia, sino haber sobrevivido a estos ingenieros del caos con una sonrisa.